

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+Un padre y un hijo gibones.

68

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2013

CIENCIA

PADRES DECISIVOS

MA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

La especie humana es la que exhibe mayor “inversión parental”. Solo los humanos tenemos un padre con la función de proveernos de recursos y protección más allá de la infancia y crear lazos generacionales. Pero la “inversión parental” no ha de confundirse con el cuidado o entrega material a los hijos por parte de los padres. En la biología evolutiva, esa expresión denota la inversión diferencial en esfuerzo reproductivo entre machos y hembras de una especie. En la mayoría de las especies, quien realiza la mayor inversión parental es objeto de mayor cortejo y de mayor competencia por el acceso sexual. Normalmente, las hembras.

En la mayoría de primates, los machos tienen escaso papel inversor, aunque a efectos globales son un factor decisivo de supervivencia. Para encontrar padres muy comprometidos, hay que buscar entre especies preferentemente con poco dimorfismo sexual –pocas diferencias fisiológicas entre machos y hembras–, monógamas y con una alta confianza de paternidad. Y para eso hay que dejar a los grandes simios y fijarse en

los monos, de los cuales los gibones, especialmente los siamang, son los más característicos. Cuando el pequeño gibón tiene tres meses, la madre empieza a perder interés en él y es el padre quien va tomando el relevo. Hasta el punto de que, alrededor del año, la cría busca más su contacto que el de la madre. A partir de aquí, es el padre quien controla sus desplazamientos, su alimentación y su interrelación social. Pero todo esto no va más allá de los dos o tres primeros años. Entre los gibones, ha podido comprobarse que las crías suelen requerir la atención de las madres por su propia iniciativa (hambre, frío, protección...), pero sucede al revés en los padres, que son los que inician el contacto con sus hijos. Los padres gibones suelen ser quienes juegan con los pequeños, cosa que raramente hacen las madres. Estos distintos cometidos pueden darnos algunas claves, aunque hay un salto enorme entre ellos y el ser humano.

Existen indicios de que el cambio “paternal” en los homínidos empezó con el *Australopithecus afarensis*. Las consecuencias fueron decisivas para los hijos y el grupo en su conjunto. Sin embargo, lo damos tan por sentado que no somos conscientes de hasta qué punto esta figura ha sido importante en la humanización e, incluso,

como factor de progreso hacia la prosperidad de las culturas humanas.

Aunque el padre juega un papel clave para asegurar la salud física de sus hijos, también puede ser importante para el desarrollo óptimo de rasgos psicológicos y emocionales considerados primordialmente humanos, tales como la empatía, el control emocional y la habilidad para manejar relaciones sociales complejas. Los padres parecen ser decisivos en el aprendizaje social y el enfrentamiento con dilemas y habilidades más allá de las del puro sustento. Tienen un importante cometido en reforzar las capacidades cognitivas y emocionales de los niños y animarles a afrontar riesgos. Son quienes suelen desafiar a los pequeños y proponerles metas. En su libro *Father and Child Reunion*, Warren Farrell afirma que los hombres tienen tendencia a hacer de la vida un juego en el que se crean expectativas más altas y más osadas, y que muchos niños necesitan eso. Según David C. Geary, los padres en todas las culturas, quizás porque se preocupan por la futura seguridad financiera de sus hijos, se dedican a preparar a los niños para competir en sociedad. Ofrecen consejos, alientan la excelencia académica y defienden el éxito.

La ausencia del padre en la vida de los hijos, cuando es debida a un



Fotografía: Wikimedia

abandono (pero no, curiosamente, cuando la madre es viuda), tiene, en la inmensa mayoría de casos, repercusiones negativas que se manifiestan en diferentes planos del ajuste adaptativo: el escolar, el desarrollo cognitivo, los niveles de competencia intelectual, el desarrollo psicosexual y su ajuste psicológico, conductual y social. Los adolescentes son quienes más sufren a corto plazo de inseguridad, soledad y depresión, que pueden mostrarse en forma de fracaso escolar y deterioro en las relaciones con sus compañeros, conducta delictiva, consumo de drogas y vagancia. Durante dieciocho años, Duncan Timms siguió a 15.000 niños nacidos en Suecia en 1953 y los psicodiagnosticó a intervalos regulares. Los que presentaron un grado mayor de disfunción psicológica fueron varones nacidos de madre soltera que crecieron sin padre. Eso en Suecia, donde abundan las barandillas protectoras.

Respecto a las niñas privadas tempranamente de la convivencia familiar con su padre, los efectos a largo plazo implican una menarquia temprana, embarazos y matrimonios adolescentes, maternidad en soltería y altas probabilidades de inestabilidad de pareja. Tener un padre en casa produce efectos positivos en la valoración que hacen las hijas de sí mismas.

Según Elizabet Cashdan, las niñas sin referente paterno fiable son más seductoras, se visten de forma llamativa porque “no cuentan con la inversión futura de un hombre” y toman lo que la relación a corto plazo les puede dar. Las mujeres que dan por sentado el interés e inversión de un hombre no exhiben su sexualidad y se deciden a tener relaciones sexuales solo cuando las expectativas de compromiso son altas. Es interesante saber que las niñas que se crían con un hombre que no es su padre maduran antes a causa de las feromonas que ellos emiten; la presencia de feromonas del padre inhibe la madurez pero las de hombres no relacionados biológicamente la acelera. Según Satoshi Kanazawa, el hecho de que un padre poco comprometido o su total ausencia acelere la pubertad es debido a que se registra como un sensor del grado de poliginia de una sociedad. Si hay escasez de mujeres, la pubertad precoz podría ser ventajosa. Según su estudio, los datos disponibles avalan que el grado de poliginia estaría asociado con una disminución de la edad de la menarquia a través de las sociedades, lo mismo que el índice de divorcios (un indicador de poliginia seriada) en sociedades estrictamente monógamas.

Además de todo eso, como afirma Steven E. Rhoads en *Taking Sex Differences Seriously*, las sociedades monógamas se benefician de una menor violencia cuando alguien se casa y se convierte en padre. Hay estudios sociológicos que señalan que un mismo sujeto a través del tiempo muestra “un gradual y acumulativo” descenso en la conducta criminal si consigue “lazos maritales de calidad”. Según el mismo Roads, son los propios hombres los que declaran que abandonan actitudes delictivas gracias al matrimonio y la paternidad. La causa es la necesidad de proveer para la familia y ser un modelo de conducta para los hijos.

En Estados Unidos, el 70% de los delincuentes juveniles, de los homicidas menores de veinte años y de los individuos arrestados por violación y otras ofensas sexuales graves crecieron sin padre. El impacto de una madre ausente respecto de la variable criminalidad es casi nulo, lo que confirma la

especificidad de la figura paterna respecto de la conducta transgresora. La función paterna tiene un rol crítico en instaurar la capacidad de controlar los impulsos en general y el impulso agresivo en particular, es decir la capacidad de autorregularse. La capacidad de controlar impulsos es necesaria para que una persona pueda funcionar dentro de la ley. También lo es la empatía, y esta se desarrolla mejor cuando existe un padre involucrado en la educación de un hijo. No es hablar por hablar. La asociación predictiva entre ausencia del padre y delincuencia es más fuerte que la que vincula el tabaquismo con el cáncer de pulmón y las enfermedades cardiovasculares.

Pero esto no siempre fue así. No es cierto que una familia formada por padre, madre e hijos, en la que el padre provee de recursos y la madre del cuidado de la prole y de la intendencia del hogar haya sido la predominante en la historia humana. Lo que hoy representa el divorcio fue antes la alta mortalidad en el parto, la deserción del cabeza de familia y la violencia. Pero es más que probable que la generalización de la familia nuclear estable, con unos padres muy atentos a la educación y al bienestar de un número controlado de hijos, podría haber sido un factor decisivo en el desarrollo de la sociedad amable, y en el progreso y mejora de nuestra calidad de vida. —

LITERATURA

DOS HEREJÍAS PROUSTIANAS

✎ RAFAEL GUMUCIO

No es fácil leer a Proust. No es difícil tampoco, solo exige otra forma de leer. Como la arena movediza, *En busca del tiempo perdido* no es una obra en la que se avance sino en la que uno se hunde, en la que moverse para librarse de ella no hace más que hundirte más rápido. Como en el sexo tántrico, aquí la lentitud solo aumenta el placer. Así, la frases proustianas son lo primero que un lector atento aprende a disfrutar. No son fruto del barroquismo, sino de la precisión. No son un alarde técnico, sino un intento modesto por decir lo que

quiere decir. Buscan describir sin que se escape ningún detalle, rescatar cada escena y segundo: ponen en el mismo torbellino la frase dicha, una premonición, un chiste al pasar, las nubes y el dolor de cabeza del narrador. Rescatan pedazos de experiencias para reconstruirlas más que para que recrearlas. Son una exploración arqueológica donde las metáforas se convierten en espátulas, pinceles, palas y Carbono-14 que reconstituyen la ruina que investigan. No quieren que creamos lo que vemos sino que ayudemos en esa reconstitución

La apariencia monumental del libro —siete tomos y tres mil páginas— engaña: esto no es la *Divina Comedia*, *Orlando furioso*, o *La Araucana*, libros que hay que leer con algún especialista al lado. No es ni siquiera *Al faro* de Virginia Woolf o *Los embajadores* de Henry James. Proust no nos hace viajar a otro mundo, a otro lenguaje, sino a nuestro mundo, a nuestro lenguaje. Esta es la más intimista de las novelas, aunque su intimidad no sea —como tampoco nuestra intimidad— una habitación ni un jardín, sino un bosque con toda suerte de árboles y pantanos. Proust sabe que no hay aventura más grande para un ser humano que su propia conciencia de serlo, que su propio aprendizaje del amor, la muerte, los celos o el arte. Tres mil páginas no bastan para contar eso si se quiere contarlo todo.

Este no es solo un libro grande; es un libro que sabe adquirir tu tamaño, hacerse parte de tu vida. Esa es justamente la razón por lo que no termino ni terminaré nunca de leerlo, porque terminarlo sería terminarme a mí mismo. Lo supe la primera vez que abrí, a los dieciséis años, el primer volumen de la *Pléiade*. Mi abuela me prestó el libro para consolarme de mi derrota inapelable en un concurso literario. ¿Sabía lo que hacía? ¿Podía haber anticipado el efecto que su gesto me produciría? El manuscrito rechazado comenzaba exactamente igual que el libro prestado: el niño que no se atreve a dormir hasta que su madre lo bese, y la noche que se llena de sombras, y el temor a perderse en el sueño, y al lado, la fiesta de la que te sabes condenado a no ser parte. Eso mismo que yo creía tan propio, tan



+Marcel, con su hermano y su madre.

mínimo, tan original estaba ahí escrito perfectamente por otro.

Y también el primer amor, y los celos, lo mismo que vivía y quería escribir; una sincronía que parecía una maldición de *La dimensión desconocida*. El libro que se convirtió naturalmente más en una adicción que una lectura. Me vi preso entre la necesidad de más droga y el terror de que se acabe el cargamento. Me propuse leer en orden cronológico —a los veinte años— las partes en que el narrador tiene veinte, a los veintitrés cuando él tiene veintitrés. El orden pierde sentido ahora que tengo 43 años, más de los que el narrador logra tener al final de la novela.

Esta forma de leer, o en este caso de evitar leer, es la primera de las herejías proustianas. Con horror, pero también con complicidad, vi cómo mi alumno Sebastián Olivero, autor del genial *Un año en el budismo tibetano*, usaba los tomos de Proust como un complemento espiritual a los libros sagrados de Buda. Con ironía e inteligencia, Alain de Botton también ha extraído del libro una serie de lecciones que pueden mejorar tu vida, o al menos ejercitar tu sensibilidad. Pero

En busca del tiempo perdido no es una lección para ser mejor o peor persona, sino una novela. Una novela de formación para ser más preciso, que —a diferencia de *Las cuitas del joven Werther* o *La educación sentimental*— lo cuenta todo: sueños, realidades, amor, dinero, viajes, enfermedades, silencios y conversaciones, sin conceder a los hechos ningún privilegio. Rompe así la jerarquía que ubica a las cosas que pasan por sobre la impresión que nos dejan, sobre las ideas que las originan y los sueños que las predicen.

En busca del tiempo perdido, que tiene mucho de ensayo, poema en prosa, memoria y crónica social, es ante todo la apuesta literaria de aliar en un solo texto la novela burguesa hija de la Revolución con la novela psicológica hija de la corte de Luis XVI. Casar a Balzac con Madame de La Fayette, Flaubert y Madame de Sévigné. Una apuesta que no tenía nada que ver con la confesión autobiográfica, como el propio Proust intenta explicarnos en *Contra Sainte-Beuve*. Al fustigar la obsesión del gran crítico francés por la biografía de los escritores no protege su propia vida privada, que por lo demás apenas esconde a la hora de usar como

materia de su obra, sino que nos deja en claro que esa intimidad es también una máscara.

La de Proust es, también, una de las novelas más extrañas y ambiciosas del siglo xx. Sin embargo, leerla como eso que es puede hacernos caer en la segunda herejía proustiana: la herejía universitaria. Esta consiste en mirar el libro como una laberinto textual lleno de claves ocultas. Lectores extraviados del ya extraviado Deleuze, Barthes de maceta, preocupados justamente por buscar lo que el libro no dice. Su lectura se llena, como una cárcel de Piranesi, de trampas y subsuelos. Se quiere que esta sea una obra de vanguardia, cuando lo es justamente por su apego casi obsesivo a la tradición, a los autores del siglo xvii que terminaron por ser las únicas lecturas de Proust.

Si la primera herejía termina por no ver el bosque porque se interna en sus senderos, la segunda herejía como una avioneta lo sobrevuela esperando que se quemé. Porque es quizás lo que une a las dos herejías: el fetichismo. Autoayuda o libro en clave, confesión o laberinto, los herejes de ambas olvidan que la grandezza de esta novela nace de la manera en que su narrador deja ver la costura de su discurso, de la distancia entre lo que quiere ser y lo que es, entre lo que sospecha y busca. Lo que convierte a *En busca del tiempo perdido* en un clásico del siglo xx está justamente en su carácter radicalmente inacabado. Radicalmente inacabable, también. Un libro que pide que lo complementemos nosotros. Este libro lleno de condes y barones es quizás uno de los más democráticos que existan. Una novela que carece justamente de lo que los que no la leen están seguros de encontrar de ella: ironía sofisticada, orgías de champán y moralidades tan ambiguas como el sexo de sus personajes.

Es esa promesa infantil, seguida a través de todos los pantanos de la vida adulta, conservada contra el tiempo y sus estragos, las traiciones propias y ajenas, lo que constituye el encanto más imborrable de esta novela que es un hombre, ni Proust, ni el narrador, ni yo, sino una mezcla inédita e original de los tres que solo vive, habla,

piensa, tiembla cuando abro las páginas de *En busca del tiempo perdido*. —

CARTA DESDE QUITO POR CULPA DEL CINE

✎ EDUARDO VARAS

En Ecuador pasó que un fin de semana de septiembre abriste la web de una cadena de cines para decidirte por una película y descubriste, con extrañeza, que por primera vez había tres películas producidas en Ecuador en cartelera, al mismo tiempo. Así quedó claro: ya no estamos en el punto de la explosión de la filmografía nacional. En realidad, hay cierta naturalidad en la experiencia del cine local (en 2010, el número de filmes estrenados fue de tres. Lo mismo pasó el 2011, y el año pasado llegamos a cinco. Hoy, a tres meses de acabar el 2013, se han estrenado seis filmes, y hay más por venir). Por eso no resulta raro que estas películas se conviertan en oferta común y cada fin de semana podemos encontrar notas de prensa de los filmes que serán estrenados este mes.

Sí, hay más películas. Ya no son esas sorpresas de hace trece o veintitrés años, como pasó con *La Tigra*, de Camilo Luzuriaga (en 1990, año en el que con 250.000 espectadores le ganó en taquilla al *Batman* de Tim Burton, en los cines comerciales de Ecuador) o con *Ratas, ratones,*

rateros, de Sebastián Cordero (1999), que quizás fue la película que para una generación que creció en los ochentas mostró que acá sí se podía hacer cine. Ahora Cordero va por su quinta película: una producción norteamericana, *Europa Report*, de ciencia-ficción, con un elenco en el que resaltan Sharlto Copley, Michael Nyqvist y Anamaria Marinca.

No es extraña esa emoción de muchos en redes sociales al saber que la película *Mejor no hablar (de ciertas cosas)*, de Javier Andrade (2012), ha entrado en la competencia para acceder a una candidatura a Mejor Película Extranjera en la próxima edición de los premios Oscar. (Lo extraño es que algunos de los que han expresado esa alegría sean quienes no pierden tiempo en condenar al sistema de estudios de Hollywood y compararlo con desperdicio orgánico).

También ha dejado de ser raro que la gente se acerque a las boleterías de las salas comerciales y pregunte al boleterero “¿Y esta película está buena?”, haciendo alusión a alguna producida acá. Y que reciba de respuesta: “Sí, ni parece ecuatoriana.” En ese punto, los espectadores seguimos siendo los mismos.

Durante años, antes y después del estreno de *La Tigra*, el silencio fue la medida de la realización cinematográfica acá, salvo el trabajo de gente como Pocho Álvarez, desde el documental. El tema es que existió una generación

+Una escena de *Mejor no hablar (de ciertas cosas)*.



que prefirió dedicarse a la publicidad y consideró que el cine era una utopía en este país (incluso ahora, cuando tenemos una canasta básica que no llega a los 400 dólares, se hacen filmes que pueden costar 600.000 dólares). Pero esa idea, generacionalmente, quedó de lado.

Así, con un panorama en el que se estrenarán más películas en lo que queda del año (por lo menos cuatro más) y ya hay títulos que suenan para el primer trimestre del 2014, existe una familiaridad entre el público y estas cintas, en medio de algo que todavía entra en la categoría chauvinista del “apoya lo nuestro porque es nuestro”. Sí, aún no salimos de ese terreno, pese a todo. Somos esos espectadores bebés que se miran reflejados en un cine y por eso se sienten obligados a apoyarlo, porque de lo contrario no estarían visibilizados. Pero con una oferta que crece, lo mejor que se puede esperar es que los espectadores crezcan y vean películas, ya no espejos.

Desde el 2006, cuando se creó el Consejo Nacional de Cine (CNCine), el órgano estatal regulador de esta práctica, la situación ha ido cambiando. Ya no se trata de producciones que son sacrificios y esfuerzos particulares, ahora se trata de tener un aval y recibir dinero de este Consejo, así como de tener el empuje para participar de otros fondos y la base legal para que aparezca una industria. Entre 2007 (año en el que nacieron los fondos concursables del CNCine) y el 2013, se han invertido 4.589.000 de dólares, distribuidos en 248 proyectos. Es poco dinero para hacer películas, pero al menos este apoyo estatal pesa en negociaciones en el extranjero. Y eso es lo que ha pasado, sobre todo, porque tenemos películas, en su mayoría, coproducciones colombianas y argentinas.

Ahora, cuando se reglamente la Ley de Comunicación, que se aprobó este año y que obliga a canales de televisión a financiar a dos películas por año, de seguro tendremos otro momento de cine y quizás ya se puedan dejar de lado las intenciones de autor (que es casi la totalidad de todo lo que se produce acá) y empiece el cine de género, que es un tipo de cine que todavía nos falta explotar y el que

más llena las salas. ¿Por qué? Porque un canal, entre un filme de autor y alguno de comedia, preferirá financiar el que más espectadores lleve. Y ahí sí, la gente no tendrá dificultad en escoger un filme de horror local, frente a algo de Eli Roth, ¿no? —

BIOGRAFÍA

UN LIBRO IMPERFECTO PARA EL PEZ PLÁTANO

RODRIGO FRESÁN

Leemos biografías de Jerome David Salinger (no muchas) por el mismo motivo que leemos biografías de Bob Dylan (incontables): porque nada resulta más fascinante que visitar el paisaje de un hombre haciendo las cosas a su manera, sin nunca comprometer su arte, ni importarle el qué dirán.

En este contexto —para los siempre necesitados de alguna nueva dosis o flamante virus sobre el creador y suicidador de Seymour Glass— el anuncio entre trompetas triunfales del *Salinger* de David Shields y Shane Salerno (recién aparecido en la editorial norteamericana Simon & Schuster y próximo a ser traducido por Seix Barral) como algo definitivo y rebosante de testimonios clave así como impactantes revelaciones, se esperaba como el equivalente literario a la resolución del enigma de quién y cuántos dispararon sobre JFK aquella mañana de Dallas hace cincuenta años.

Poco y nada importaba que el primer y descartado título para esta supuesta madre de todas las biografías llevase el un tanto portentoso título de *The Private War of J. D. Salinger*. O que su portada —donde ya se leía, antes de su estreno y de críticas no muy favorables, “el libro oficial del aclamado documental”— invocara más juguetona que ingeniosamente el rojo bermellón y letras amarillo cromo que Salinger ordenó para la edición de bolsillo de su *Catcher* por los siglos de los siglos. O que los responsables —porque a lo largo de los tiempos más de un amateur resolvió un caso que los mejores profesionales

no supieron cerrar— no fuesen profesionales de la materia como Blake Bailey, quien diseccionó con profesionalidad y sin anestesia a Richard Yates y John Cheever y Charles Jackson y, próximamente, Philip Roth. No, los médiums más bien *extra small* son David Shields (alguna vez correcto novelista y hoy más reconocido como autor del manifiesto/apología de la apropiación de lo ajeno que es *Reality Hunger*, de 2010) y Shane Salerno (director del “aclamado documental” en cuestión y guionista de películas como *Armageddon* y *Salvajes*).

Superada la lectura de *Salinger*, uno no puede sino recordar las enseñanzas de Salinger: no hables con extraños, no hagas caso de lo que dicen aquellos a quienes no conoces bien y, sí, el mundo está lleno de personas que no merecen nuestra confianza y que solo buscan aprovecharse de nosotros.

Organizada siguiendo la estructura oral/coral en la que descolló George *The Paris Review* Plimpton a la hora de ensamblar las vidas de la diosa sacrificial y warholiana Edie Sedgwick y del genio en caída libre Truman Capote (invocaciones en las que nada sobra y todo cuenta), el lector de *Salinger*, por lo contrario, comprende que está en problemas ya desde las primeras e interminables páginas. Allí, para contarnos que Salinger la pasó muy mal en la Segunda Guerra Mundial (seguidilla monstruosa de desembarcar en Día D, batallas en el bosque de Hürtgen y en las Ardenas, liberación del campo de concentración de Kaufering), Shields & Salerno ponen a parlotear a unos pocos soldados cercanos de Salinger y a una multitud de historiadores y militares y gente que pasaba por ahí. ¿Necesita alguien que se le repita varias veces que el paseillo por las playas Utah y Omaha no fue de lo más agradable luego de haber visto *Salvar al soldado Ryan*? No lo creo. Este efecto de acumulación de la nada del todo vuelve a repetirse a lo largo y ancho de las 695 páginas (sin índice onomástico), tanto en la golosa glosa de la vida y magnicidio de Mark David Chapman como en el innecesario rejunte de fotos circunstanciales (¿hacen falta fotos de Elia Kazan o de Billy Wilder por el



+La guerra privada de J. D. Salinger.

solo hecho de haber querido adaptar a Salinger a la gran pantalla?) puntuadas por el goteo de instantáneas de Salinger en las que aparece con el aire de compañero de copas de *Don Mad Men Draper* o como lucirá *Don Draper* al final de la serie y, como se ha anunciado, alcanzando los noventa años de edad.

Pero lo más grave de todo –teniendo en cuenta que este es un proyecto desarrollado a lo largo de casi un década– es la desprolijidad espasmódica del relato (la defensa que hace Leslie Epstein de la *nouvelle* “Hapworth 16, 1924” que se repite en las páginas 383 y 520), la pobreza y gratuidad de testimonios (¿qué hacen aquí los actores John Cusack y Edward Norton y Lindsay Crouse?), el casi saqueo a biografías anteriores (a las que, además, se critica), la ausencia de nombres obvios entre los consultados (como el de Bret Easton Ellis, quien celebró la muerte del ermitaño vía Twitter, o del muy salingerista Wes Anderson, director de *Rushmore* y de *The Royal Tenenbaums*) y, por último, la enfática enunciación de endebles suposiciones revolucionarias que parecen extraídas de un *sketch* de *Saturday Night Live*.

Por lo demás, de un tiempo a esta parte –gracias a las “traiciones” de la ex amante Joyce Maynard y la ex hija Margaret Salinger, a las intromisiones del biógrafo frustrado Ian Hamilton, o a los paparazzi que lo capturaron puño en alto y ojos desorbitados– ya teníamos claro que Jerry era un tipo más bien complejo, oscuro, difícil, cuidado con el perro, y más cuidado aún si eres una señorita muy joven y muy inquieta y muy salingeriana.

No todo es condenable: las averiguaciones sobre la telepática y posiblemente nazi primera Mrs. Salinger, los recuerdos de la hasta ahora desconocida de Jean “Esmé” Miller tienen interés e importancia al ser la primera de las niñas-novias de Salinger, las anécdotas de aquellos que se le acercaron mantienen su morbo intacto, la hipótesis del periodista Stephen Metcalf acerca de que *El guardián entre el centeno* sería una novela de guerra subliminal es tan ingeniosa como atendible. Y esa foto de Salinger de espaldas, caminando calle arriba y huyendo de otra presencia indeseable, pasa de inmediato a formar parte de nuestro museo mental en el que nunca se le permitirá la entrada –¿de verdad? ¿hacía falta?– a ese actor que “hace de” Salinger en el documental con un póster donde el escritor aparece con un dedo sobre sus labios bajo el slogan: “Descubre el misterio pero no reveles los secretos.”

Ah.

Pero estas contadas gomino-las no son suficientes para endulzar el sabor triste, solitario y final (pero *tan* incompleto) que deja *Salinger*, rebotante de imperdonables “tal vez”, “podría”, “es posible”, “cabe pensar” y “quién sabe si” o “Salinger habría hecho o pensado o dicho”.

Porque es ahí cuando entramos sin salida posible (verlo resumido en el capítulo de conclusiones) en lo más irritante y desopilante del asunto: la más bien escatológica teoría a la Farrelly Brothers de Shields & Salerno acerca de que Salinger jamás superó el haber nacido con un solo testículo; la organización del material siguiendo

los ciclos de la filosofía Vedanta (con insufribles comentarios al respecto); o el *grand finale* (filtrado antes por *The New York Times*, pero aún no legitimado por familia y agente) de que según “dos fuentes distintas e independientes” (y sin nombre) habría varios manuscritos terminados y listos para publicarse, entre 2015 y 2020, por voluntad del fantasma. A saber, a esperar, a rezar para no ser, de nuevo, desilusionados: un libro llamado *The Family Glass* que reúne clásicos y grandes éxitos junto a cinco nuevas entregas de los niños genios de perturbada adultez; un manual de Vedanta; una novela sobre sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial y una *love story* sobre su misteriosa primera esposa con el Sargento X de “Para Esmé, con amor y sordidez” como protagonista; y una ampliación de la saga de Holden Caulfield. Si durante la presente Feria del Libro de Frankfurt (escribo esto a finales de septiembre) nadie dice nada al respecto ni ofrece nada a cambio, todo parecería indicar que Salinger ríe último y ríe mejor.

Más allá de todo lo anterior, *Salinger* acaba produciendo –involuntaria pero justicieramente– el mejor efecto posible: las ganas incontenibles de volver a *El guardián entre el centeno*, a *Nueve cuentos*, a *Franny y Zooey*, *Levantad, carpinteros, la viga del tejado* y *Seymour: una introducción* y a todo eso inédito en libro que uno fue buscando y encontrando y fotocopiando y acumulando a lo largo de los cada vez más años. Y, también, nos reafirma en la convicción de que la respuesta a toda pregunta –ya sea cuál es el sonido que hace una sola mano al aplaudir o a dónde van los patos de Central Park en invierno– estuvo y está y seguirá estando, *my friend, blowin’ in the wind*.

Y de que está bien que así sea. —

IN MEMÓRIAM MUTIS, EL LECTOR

EDUARDO GARCÍA AGUILAR

Después de una larga vida de viajes y aventuras, el habitáculo central de Álvaro Mutis fue su camarote biblioteca situado en el transatlántico imaginario de su casa de San Jerónimo, en el sur de la ciudad de México, allí donde muchos amigos y

visitantes fugaces tuvieron la fortuna de encontrarlo a lo largo de las décadas.

A lo largo de múltiples jornadas durante las cuales pude conversar con el autor de *Summa de Maqroll el Gaviero* al calor de los whiskeys —ya fuera en visitas informales, solo o con amigos, o cuando emprendimos las conversaciones que llevaron a la creación y publicación de *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Álvaro Mutis* (TM Editores, Bogotá, 1993)— pude percibir allí los fantasmas literarios que invadían sus días y sus noches y eran para él los seres más preciados, aquellos con los que dialogaba por encima del tiempo en el insomnio de sus viejas catedrales y mares.

Mutis decía con mucha frecuencia que no se consideraba un “intelectual”, palabra y actitud que detestaba por sobre todas las cosas, siendo como era un vitalista y viajero preparado para la muerte, hombre que venía de regreso de todas las luminosidades y desastres que conforman la vida de cualquiera.

En Madrid, durante las reuniones por la recepción del Premio Cervantes, me dijo que era necesario “huir de la cultura con las velas abiertas” como si estuviera convencido de que había que escapar de la palabra falsa, llena de acartonamiento, impostura, presunción, acumulación vana de informaciones y citas, o sea de ese reflejo de cartón ajeno a la savia y a la sangre, a la enfermedad, el misterio y la muerte.

Los libros para Mutis eran objetos llenos de vida porque expresaban la vitalidad profunda de sus autores, muchos de ellos seres oscuros, fracasados, aplastados por la enfermedad o el olvido, como Baudelaire, Rimbaud, Verlaine y Joë Bousquet, pero de cuyas palabras mana siempre una savia vital devastadora.

Aunque nunca quiso definirse como intelectual, pues se formó en los cafés bohemios bogotanos de los años cuarenta al lado de figuras como León de Greiff, Luis Cardoza y Aragón, Nicolás Gómez Dávila, Ernesto Volkening, Casimiro Eiger y Eduardo Carranza, entre otros, fue un lector en el mejor sentido de la palabra y estuvo siempre rodeado de libros, a los que trató con gran amor. Su biblioteca de San Jerónimo fue su centro vital y cuando se abordaba a algún autor o tema, se

levantaba y se dirigía a esas estanterías del camarote transatlántico imaginario para alcanzar el ejemplar necesario y encontrar la cita buscada, la dedicación sorpresiva, o el aroma milenario.

En su biblioteca se veían fotos o imágenes de Proust en su lecho de muerte, autor a quien consideraba “el más grande novelista de los últimos ciento cincuenta años”, de Joseph Conrad, Louis-Ferdinand Céline, Nicolás II, Paul Valéry, Luis Cardoza y Aragón, una estatuilla del capitán Cuttle, de Dickens (su mayor “influencia” literaria según decía), Melville, Balzac, George Elliot, Antonio Machado, Pablo Neruda, Gonzalo Rojas, Enrique Molina, entre otros muchos autores preferidos.

Mutis era antes que todo un lector y su personaje Maqroll el Gaviero lo era incluso más en las condiciones inverosímiles y difíciles de su vida errante, cuando deambulaba por ríos, mares, montañas o ciudades, cargado con las memorias del Cardenal de Retz, las cartas del Príncipe de Ligne o la biografía de San Francisco del danés Jörgersen, no por la santidad del santo sino por la vida del hombre. Leer era para Mutis nutrimento y tal fue su dicha entre los libros que compartirlos, intercambiarlos, regalarlos, guardarlos y buscarlos constituyó una de sus mayores felicidades y no había mayor placer que cuando alguno de sus amigos o conocidos, muchos de ellos jóvenes, descubría, por intermediación suya, algún autor extraño, de esos fracasados que nadie recuerda ni conoce en un mundo de vanas famas y leyendas literarias.

Además de los autores de poesía, entre los cuales destacaba en lengua castellana a Rubén Darío y Antonio Machado, y de los de ficción, en especial los franceses del siglo XIX, de Stendhal a Balzac, pero también a autores como Dumas, Céline y Malraux, Mutis tenía un lugar muy especial para el mundo histórico que lo seducía. Disfrutó libros sobre el Imperio bizantino, textos sobre Napoleón y otros héroes que admiró de joven, así como obras de los memorialistas Saint-Simon, el Cardenal de Retz, Giacomo Casanova o Chateaubriand, cuando no François Mauriac o Josep Pla.

La literatura en lengua francesa fue su preferida y entre sus autores secretos podría citar a algunos que conocí a través de él como Paul-Jean Toulet, Valéry Larbaud, Joë Bousquet o el martiniqués Édouard Glissant, entre otros muchos, pues tenía con Francia y la literatura francófona, tanto ultramarina como norteafricana, una especial y profunda amistad. No es casualidad que de niño las primeras lecturas de Mutis en Bruselas fueran en francés, lengua que hablaban muy bien su padre diplomático y su madre viajera, incesante lectora esta última de novelas de moda como las de Gyp.

Mutis debe mucho al exilio posterior en la tierra caliente, a los ríos, puertos y mares, cuando tuvo que retornar ya huérfano a su nativa América Latina, pero tal vez es a los transatlánticos de entreguerras, a la soledad del niño que viaja con adultos de un continente a otro en el ocio de aquellos paquebotes, a los que debe su extraña vertiente literaria, un objeto no identificable dentro de la poesía y la prosa latinoamericanas de los últimos cien años.

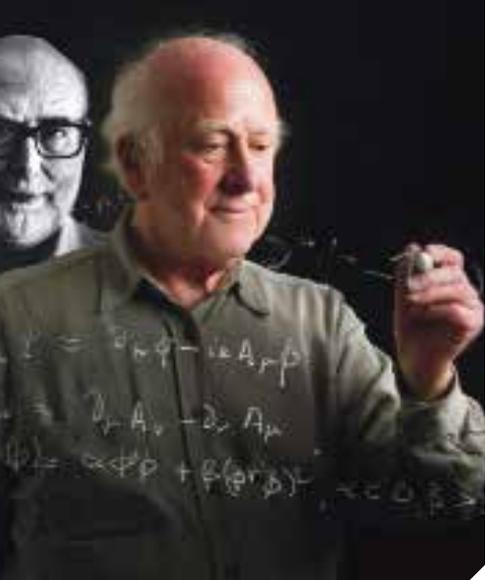
Como su gran amigo, el cosmopolita Alejandro Rossi, Mutis viajó de niño en los barcos Virgilio y Horacio, “que terminaron trágicamente, uno en un incendio y el otro en la guerra” y por eso de los transatlánticos de la North Deutschland Bremen, de la Compañía Italiana de Navegación y de la Hamburg America Line proviene ese vaivén permanente de no situarse en ninguna parte y de solo hallar refugio en el camarote imaginario de sus libros amados frente al mar. —

NOBEL DE FÍSICA UNA DECISIÓN DIFÍCIL

✎ CARLOS CHIMAL

El pasado 8 de octubre el comité del Premio Nobel, en la rama de la física, determinó otorgarlo a François Englert y Peter Higgs luego de una “ardua deliberación”. Y es que al restringirlo a solo tres contribuyentes —los pioneros entre los primeros—, el premio se aleja del espíritu colectivo que tienen hoy en día las investigaciones científicas.

Los éxitos de la física subatómica comenzaron desde fines del siglo XIX y,



+François Englert y Peter Higgs.

en particular, a partir de 1950 y hasta el verano de 2012, cuando presenciamos la habilidad de miles de ingenieros y físicos para diseñar, fabricar y montar el acelerador más energético y luminoso de la historia, el LHC. Diseñaron también seis espectaculares experimentos alrededor, localizados en determinados puntos del anillo, cuya circunferencia alcanza veintisiete kilómetros. De hecho, el LHC es más bien un complejo de diversos aceleradores. Dos de los detectores, ATLAS y su “árbitro”, CMS, buscaban como objetivo principal saber si las predicciones de los científicos galardonados eran ciertas o había que mirar hacia otro lado en la dinámica del asunto.

Como el lector comprenderá, las predicciones no habrían sido confirmadas jamás sin estas tribus de inventores de nuevos chips, de novedosos y sorprendentes materiales, supercomputo, redes informáticas, electrónica avanzada, maneras ingeniosas de acelerar y retardar partículas, elaborados artefactos para detectar su huella. De otra manera, sería imposible saber de su existencia.

No fue sino hasta 1871 cuando Henry Cavendish demostró que el agua no era un elemento, como se creía desde la antigüedad, sino un compuesto de dos gases. En el caso del bosón de Higgs pasaron apenas 48 años. El hallazgo de Cavendish se basó en otros descubrimientos, como el del oxígeno, casi un siglo antes (1774). En ese entonces tres químicos habrían calificado para ganar el “retroNobel”: Joseph Priestley, Carl Scheele y Antoine Lavoisier. Pero si tuviéramos

que elegir a uno, nos meteríamos en un berenjenal. Scheele fue el primero en descubrirlo por unos meses, solo que Priestley era famoso, aunque ninguno de los dos creía en que hubiese descubierto algo elemental, mientras que Lavoisier, si bien sus experimentos son un poco posteriores y en respuesta a lo encontrado por aquellos dos rivales, sí entendió lo que había encontrado: un verdadero elemento químico.

Las ciencias moderna y contemporánea pasaron la mayor parte de su periplo trepándose en hombros de gigantes, en el esfuerzo y brillantez de unos cuantos que han abierto el camino, lo cual coincide con el espíritu modernista de Alfred Nobel y su premio. Sin embargo, algunas de las ramas de la física, la química, incluso de la fisiología y la medicina han dejado de ser asunto de unos cuantos avezados y se convirtieron en verdaderas corporaciones, en equipos de docenas y, actualmente, de miles de personas.

Aun así, la decisión no fue equivocada. Si bien Peter Higgs ha hecho casi toda su carrera en la Universidad de Edimburgo, se convirtió desde un principio en un incansable promotor de sus ideas, siempre reconociendo el esfuerzo de los colegas. De hecho, entre los especialistas, el mecanismo se llama BEH: el neoyorquino Robert Brout (1928-2011) y el belga François Englert (Universidad Libre de Bruselas) fueron los primeros que publicaron, en 1964, cómo podía plantearse el asunto, ya en términos de una partícula fundamental o quizá algo que surgía de manera espontánea, es decir, dinámica. Un mes más tarde, Higgs publicó su versión en términos casi puramente matemáticos, apostando por una partícula. El panorama se complicó para el Comité del Nobel, pues las ideas de Brout, Englert y Higgs fueron complementadas, casi al mismo tiempo, por Gerald Guralnik, Carl Richard Hagen y Tom Kibble.

¿Cuál era este enigma? Descubrir, al interior del átomo, las causas últimas por las que existen los cuerpos masivos, desde virus hasta cúmulos de galaxias. ¿Por qué entidades como los quarks sí tienen masa y, en cambio, los fotones no y solo son energía?

De acuerdo al Modelo Estándar los quarks no andan solos, los acompañan los leptones y los bosones de norma o intermediarios, que durante muchos años fueron necesarios desde el punto de vista teórico para mantener la coherencia de este modelo. En 1983 en la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN) se descubrieron los primeros bosones: W^+ , W^- y Z^0 . Así quedó corroborado el mecanismo BEH, el cual predecía que las familias de bosones se relacionaban de manera indirecta, intercambiando una especie de “regalos”. En efecto, es esta otra clase de partículas las que establecen la interacción. Con el descubrimiento del bosón de Higgs en el verano de 2012 el cuadro quedó completo. O casi, pues falta dilucidar la naturaleza de la materia y la energía oscura, así como probar que las cuatro fuerzas fundamentales forman parte del mismo modelo, tarea que puede tomar diez o cincuenta años. O más.

Hace unas semanas conversé con el director general de la CERN, Rolf Heuer, y con los líderes de ATLAS y CMS, David Charlton y Joe Incandela. Me dieron su impresión sobre dos premios: sobre el Nobel, entonces todavía no entregado, y el Premio Príncipe de Asturias, concedido en mayo. A diferencia del Nobel, el Príncipe de Asturias no tiene restricciones anticuadas y fue otorgado a los dos nobeles, pero también a la CERN completa. Los tres coincidieron en que sienten legítimo orgullo por todas las distinciones. Heuer hizo notar también la creciente participación de la comunidad iberoamericana no solo en ATLAS y CMS, sino en otros experimentos, lo cual permite que España (país miembro), México, Brasil, Colombia y Perú estén entrenando desde hace décadas expertos en diversas áreas de frontera tecnológica y ciencia extrema.

A sus 84 años de edad, Higgs es un hombre paciente, emotivo y entregado a la enseñanza de la física teórica. Aunque cansado y tal vez melancólico disfrutó, junto a François Englert, y se emocionó durante la celebración que el 4 de julio de 2012 se llevó a cabo en el auditorio de la CERN, cuando se hizo el anuncio oficial del descubrimiento. —